

Soldado de Sidón

Gene Wolfe

Traducción:  
Ana María Niedo Calvo



Para  
Sir Richard Burton

Los etíopes estaban vestidos con pieles de leopardo y león, y llevaban largos arcos hechos con el tallo de las hojas de palmera de no menos de cuatro codos de longitud. En ellos utilizaban cortas flechas hechas con juncos y armadas en la punta, no con hierro, sino con una pieza de piedra, afilada hasta ser puntiaguda, del tipo de las que utilizaban para tallar los sellos. También portaban lanzas, cuyos extremos eran cuernos afilados de antílopes y, además, llevaban palos llenos de nudos. Cuando entraban en batalla se pintaban los cuerpos, la mitad con tiza y la otra mitad con bermellón.

Herodoto

# Primera parte



# 1

## Ra'hotep dice

Que debo escribir todo lo que acaece en este rollo de pergamino, tan concisamente como me sea posible. Lo intentaré. Debo leer esto también cada mañana. Muslak me contará. Tengo que hacer que Myt-ser'eu también lo haga. Déjenme empezar con lo primero que recuerdo.

Abandonamos el barco y buscamos una posada, comimos y bebimos allí, y dormimos en la misma habitación. Estaba llena de gente y algunos de nosotros regresamos al barco para dormir allí, aunque yo no lo hice.

Me desperté cuando lo hicieron los demás, me despertaron, creo, sus pisadas. Comimos de nuevo, y Muslak me dijo su nombre y que era el capitán de nuestro barco.

—Estamos en Kemet, Lewqys, con un cargamento de pieles. Aquí es a donde querías venir.

Yo dije:

—He estado intentando recordar mi nombre. Gracias.

—¿No podías recordarlo?

Negué con la cabeza.

—Eso está mal. Tu memoria viene y va. Ahora parece que se ha ido. ¿Sabes por qué estamos aquí?

Yo dije:

—Para vender las pieles, supongo.

—Pero, ¿qué hay de ti? ¿Por qué estás aquí?

Yo creía que era uno de los miembros de su tripulación. Estaba claro que no lo era, así que volví a negar con la cabeza.

—Eso termina de convencerme. Te voy a llevar a un curandero. Aquí tienen a los mejores curanderos del mundo, y tú vas a ir a ver a uno de ellos. —Se levantó y me hizo un gesto, yo lo seguí.

Hablamos acerca de los curanderos con el posadero y nos dirigimos hacia la Casa de la Vida, cerca de la cual se los puede encontrar. Aquí debo mencionar que esta bulliciosa ciudad se llama Sais.

Es muy interesante. En primer lugar porque parece muy extraña. En segundo lugar porque tengo la sensación de haber visto el lugar mucho tiempo atrás. En otras palabras, me resulta familiar a la vez que ajena.

Las casas de los pobres son chozas con los techos de paja, tan pequeñas que la mayoría de las cosas que la gente suele hacer en el interior de sus casas deben hacerse fuera. No tiene ventanas. Solo algunas están pintadas.

Las casas de los más ricos son muy diferentes y están pintadas de colores alegres, con frecuencia verde, azul o ambos. Algunas están hechas de ladrillos de barro, aunque la pintura me engañó hasta que nos acercamos lo suficiente. Algunas son de madera. Algunas son de ladrillos de barro en la parte de abajo y de madera en la de arriba. Todas estaban rodeadas por muros que evitaban que pudiera ver lo que pasaba en sus patios. Con frecuencia esas paredes son amarillas u ocres, aunque algunas son naranjas o rojas. Al principio pensé que solo había ventanas

en la segunda planta. Entonces me acordé de la habitación en la que habíamos dormido, en lo alta que era. Creo que aquellas habitaciones son como esa. Las puertas de las casas son pequeñas y bajas, las ventanas pequeñas y están cerca del techo. Debe ser porque el sol da mucho calor allí.

Antes de que escriba acerca de los curanderos, debo decir que todas aquellas casas tienen los tejados planos, y que algunas de las casas sí que son de dos alturas, ambas de techos altos. Hay jardines en los tejados planos. He visto muchas flores allí, e incluso algunas palmeras. Estas deben estar plantadas en tinajas. También hay velas triangulares, o puede que sean tiendas, siempre dos y siempre espalda con espalda. El paño de las velas es tan brillante como las casas. Quería preguntarle a Muslak qué eran, pero temí que no lo supiera y no quise avergonzarlo.

El primer curandero con el que hablamos era un hombre alto y delgado, como muchos de los de aquel lugar.

—Este tipo —dijo Muslak a la vez que me señalaba—, es un oficial mercenario que le ha servido al gran rey. Es un buen hombre y un muy buen guerrero, pero no puede recordar su nombre. Cada mañana tenemos que decirle quién es y dónde se encuentra, y por qué está aquí.

El curandero se frotó la barbilla.

—¿Por qué lo está?

(Debo escribir que esto no se dijo en mi propia lengua, en la que lo escribo, sino en la lengua de Kemet, que Muslak conoce mucho mejor que yo).

—Me salvó de la esclavitud —le explicó Muslak—. Lo que pidió a cambio fue regresar a su hogar en Luhitu.

—¿Hiciste lo que él deseaba?

—Lo hice, y la siguiente vez que atracamos allí fui a visitarlo para ver qué tal le iba. Esperaba que hubiera recuperado la memoria y se acordara de mí. Estaba peor que nunca, pero había escrito «Tierra del Río» sobre su puerta. Hablé con su esposa, y me dijo que lo había hecho para decirse a sí mismo que debía

regresar allí para descubrir qué era lo que le había ocurrido. Le pregunté a otras personas qué era lo que quería decir, y resultó ser cómo llaman allí a tu país.

—La nuestra es la Tierra Negra —dijo el primer curandero. (*Kemet* es «negro» en su lengua).

—Ya lo sé. Pero otros pueblos tienen otros nombres para él. De todas maneras, le dije que iríamos allí para comerciar, y que era bienvenido si quería viajar con nosotros si así lo deseaba. Su esposa quería venir también. Le dije que era imposible, un barco tiene que hacer preparativos especiales para las mujeres, y nosotros no los teníamos. Ella dijo que vendría de todas maneras. Yo le dije que correría un gran peligro. Lo entiendes.

El primer curandero asintió.

—Alguien le levantaría la falda y después la mataría para que no se lo pudiera contar a Lewqys. Porque Lewqys lo mataría con toda seguridad. Causa terror con su espada curvada. Cuando me iban a vender, tenían dos hombres custodiándonos, y los mató antes de que pudieran terminar de respirar.

—¿Su esposa no está con vosotros?

Muslak negó con la cabeza.

—Él vino a mi barco en el puerto cuando ya casi habíamos terminado de cargar, pero vino solo. Creo que debe haberle impuesto su voluntad a su esposa en cuanto me marché. Pero, ¿qué le pasa? Eso es lo importante. ¿Por qué no puede recordar?

—No era meramente curiosidad —explicó el primer curandero—. Una esposa a menudo sabe cosas que los amigos de un hombre no conocen. Tenía la esperanza de poder preguntarle. —Juntó las manos con una palmada—. Quiero consultar con un colega mío.

—Te crees que somos ricos —dijo Muslak—. Déjame que te diga que no es así y hasta que pueda vender mi cargamento tendré muy poco dinero.

Vino un niño, y el primer curandero le dijo que trajera a Ra'hotep.

Mientras esperábamos, el primer curandero habló conmigo y me preguntó cómo me llamaba. Se lo dije y me preguntó cómo lo sabía. Yo le expliqué que me lo había dicho Muslak.

—¿Tu esposa te llamaría así?

—No lo sé —dije yo—. No recordaba que tuviera una esposa hasta ahora.

—Cuando nacemos, no sabemos cómo hablar. Tú recuerdas cómo hablar, está muy claro.

Asentí.

—Y también cómo utilizar tu espada, por lo que dice tu amigo.

Le dije que yo no sabía si lo sabía o no, pero que me parecía que estaba muy claro cómo había que utilizar una espada.

—Pues sí. ¿Puedo verla?

Desenfundé mi espada y se la ofrecí por la empuñadura.

—Aquí hay una palabra escrita —dijo—, pero no está en la auténtica escritura inspirada de Thoth. No la puedo leer. ¿Tú puedes?

—*Falcata* —dije yo—. Es el nombre de mi espada.

—¿Cómo sabes eso?

Le dije que lo había leído en la hoja aquella mañana, cosa que era mentira.

—Si hubiera estado bajo el hechizo de un *xu* no me habría dado su espada —le dijo el primer curandero a Muslak—. (Creo que esa palabra quería decir «demonio» en su lengua). También habla con sensatez durante mucho rato. ¿Gana algo por fingir?

—Nada —declaró Muslak—, y no podría haberme engañado más de un día. Por otra parte, a veces hace como si recordara. No lo haría si estuviera fingiendo.

El primer curandero sonrió.

—Así que, Lewqys, nos mientes, ¿no es así?

Yo dije:

—Supongo que lo hago. Todos los hombres mienten en algún momento, eso me parece a mí.

—¡Oh! ¿De verdad? Nunca lo habría dicho. ¿Quién te ha mentido recientemente?

—No lo sé.

Mientras hablábamos entró el segundo curandero. Saludó al primero educadamente y cogió un taburete.

—Este extranjero se olvida de todo —le explicó el primer curandero—. Su amigo, el capitán de barco, me lo ha traído. El trastorno dura ya mucho tiempo.

Ra'hotep asintió sin mirar al primer curandero y sin apartar la vista atenta de mí. Era más bajito que Muslak, y quizá veinte años mayor.

Muslak dijo:

—Lewqys es un mercenario. Posee una granja en su país. Sus parientes la trabajan para él cuando él está fuera.

Ra'hotep volvió a asentir como lo hace el que acaba de tomar una decisión.

—¿Cómo era cuando lo conociste por primera vez?

Muslak negó con la cabeza.

—Cuéntame cómo fue la primera vez que os visteis.

—Estábamos río arriba. Habíamos vendido nuestro cargamento y estábamos buscando algo más, papiro a buen precio, tejido de algodón o lo que fuera. Él se había enterado de que el sátrapa había mandado tropas al gran rey, no las suyas propias de Parsa, sino nubios y gentes de los tuyos. Él tenía cien hombres y trató de que el sátrapa también los contratara. No lo hizo, ya le había mandado al gran rey lo que le había pedido. Yo le dije a Lewqys que en Biblos no tendría problemas, esa es mi propia ciudad. Allí se animarían y tendrían buen dinero. Él dijo que iría, pero que no tenía dinero suficiente como para pagar mi barco. Tendría que ir por tierra.

—¿Y lo hiciste, Latro?

Claramente me hablaba a mí. Le pregunté si aquel era también mi nombre.

—Era el nombre que me dieron tus camaradas cuando te vi con el ejército del gran rey. Me ha llevado un tiempo recor-

darlo, pero estoy seguro de que lo era. ¿Fuiste por tierra? Es difícil.

—No lo sé.

—Está claro que de alguna manera llegaste al país de este hombre. Cuando te traté, se decía que eras uno de los soldados de Sidón. —Ra'hotep se giró hacia el primer curandero:

—De alguna manera ha mejorado algo, pero no mucho. ¿Tienes alguna sugerencia?

Hablaron de hierbas y pociones durante un rato. No podría escribirlo todo aquí aunque quisiera. Ra'hotep dijo que había intentado sacar un *xu* a pesar de que no había ninguno. El primer curandero lo intentó, pero no obtuvo ningún resultado. Me dieron una medicina para que la tomara todos los días.

Esto es importante. Set es el señor de los *xu* malos. Es el dios del sur. Hay un templo muy al sur en el que se le podría hacer un llamamiento con éxito. Muslak dice que no lo conoce.

Muslak paga al primer curandero. Ra'hotep me dio este rollo de pergamino, algunas plumas de junco y una pastilla de tinta; pero no quiere que le demos nada, dice que no ha sido de ninguna ayuda. Le ofrecí mi espada y le dije que de verdad no tenía otra cosa. Él dijo que yo era el soldado, y él no. No la aceptaba. Debo hablar más con él cuando tenga la oportunidad, y hacerle un regalo cuando pueda.

Muslak y yo regresamos a nuestro barco caminando. Dijo que iríamos al templo de Hathor aquella noche, y así lo hicimos.

—Es una diosa útil —me dijo—, y puede que sea capaz de ayudarte. Estamos aquí mismo, ¿qué podemos perder por intentarlo?

Yo dije:

—De nada, por supuesto.

—Bien. Además, quiero contratar una chica cantora, y allí es donde se consiguen.

Le pregunté si tenía intención de dar una cena para alguien.

Él se rió.

—Quiero una esposa para el viaje río arriba. Ahora me dirás que no quise llevar a tu mujer cuando quiso acompañarte.

Le dije que recordaba que se lo había dicho al médico.

—Era la verdad. Una cosa es llevar río arriba a una chica cantora, y otra es llevar a una mujer decente al otro lado del Gran Mar. Si alguien de mi tripulación accede a mi chica cantora, no tendrá demasiada importancia. Lo castigaré y se acabó. Además, no dormiremos en el barco. La tendré en la orilla en una habitación para mí solo.

Los mercaderes estaban esperando para ver las pieles que llevábamos en la bodega del navío, eran hombres corpulentos y serios que llevaban muchos anillos y tenían la piel aceitada. Cuando Muslak lo ordenó, los marineros subieron tres o cuatro pieles de cada tipo. Eran de muy buena calidad. Los mercaderes bajaron a nuestra bodega, escogieron otras, y las sacaron a la luz del sol, que entonces era tan fuerte que resultaba casi cegadora. Yo ayudé, aquellas pieles también eran muy buenas. Muchos hicieron ofertas que apenas si llamaron la atención de Muslak.

Les explicó que podía conseguir un precio mucho mejor en las grandes ciudades del sur. Los mercaderes, allí en Sais, le ofrecían solo los precios más bajos, pensaban que quería vender rápido y hacerse con otro cargamento.

Un poco después de que comiéramos, llegó un soldado de Parsa con una carta para Muslak. Estudié a aquel soldado, ya que parece que yo había sido un soldado del gran rey igual que él. Era de mediana estatura, llevaba barba y aparentaba ser fuerte. Llevaba una funda de arco, un hacha ligera de hoja larga y una daga. Llevaba más ropa de la que la gente lleva aquí.

Muslak puso mala cara al principio cuando leyó la carta, después sonrió. Cuando terminó, la volvió a leer antes de enrollarla y ponérsela en el pecho.

Los tres encontramos un escriba, y por lo que Muslak dijo me enteré de que la carta era del sátrapa de Kemet. Muslak le dijo que su barco era grande y estaba en perfectas condiciones y que

su tripulación era fuerte, también declaró que obedecería de buena gana. El soldado se marchó con la carta de Muslak, a pesar de que me hubiera gustado hablar más con él.

—Verás miles como ese, Lewqys. Vamos a la Pared Blanca, la mayor fortaleza de todo el país.

—¿A ver al sátrapa?

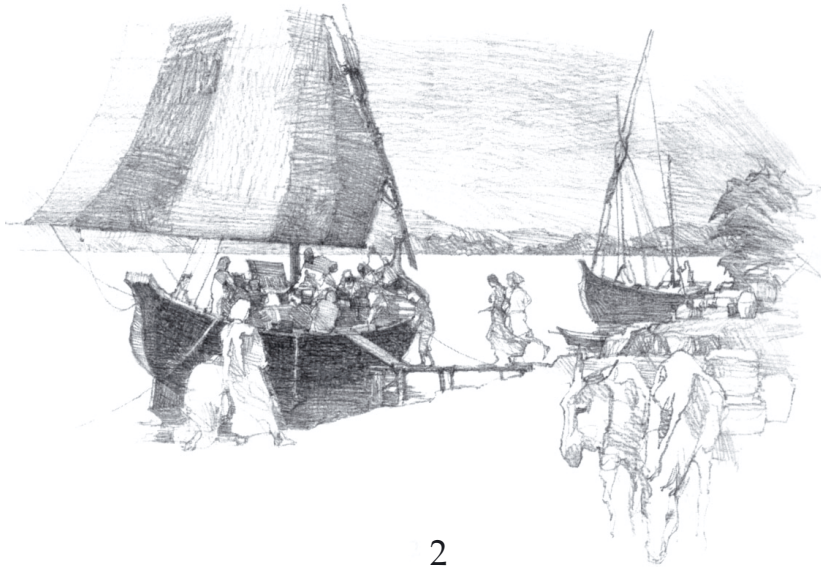
Muslak asintió.

—A ver al mismísimo príncipe Achaemenes. Tiene un trabajo para nosotros.

Le pregunté si aquel Achaemenes nos pagaría, ya que deseaba ganar dinero.

—Dice que nos recompensará magníficamente. —Muslak se señaló la barba—. Debe ser uno de los hombres más ricos del mundo.

Hubo más mercaderes, pero el calor me dio sueño. Encontré un lugar a la sombra debajo de un árbol, en el patio de nuestra posada y me dormí.



## 2

### Recién entrada la noche

Muslak me despertó para ir al templo. Me preguntó qué era lo que recordaba y le conté todo.

—Eso es bueno. Me temo que mañana habrás olvidado la mayor parte de ello, pero puede que lo recuerdes si me lo cuentas ahora. Toma, lleva esto.

Se trataba de una piel de carnero teñida de rojo, muy buena.

—Tendremos que darle un bonito regalo a la diosa —me explicó Muslak—, y esa se puede vender por algo más de lo que yo estoy dispuesto a dar.

El sacerdote sonrió cuando la sostuve, y la aceptó gentilmente; es un hombre tranquilo de mediana estatura y mediana edad, con la cabeza afeitada. Aproveché el momento para preguntar acerca de Hathor, le expliqué que era un extraño en aquel país y que solo sabía que era una gran diosa allí.

Él asintió solemnemente.

—Preferiría enseñarte a ti, joven, que a aquellos que creen que ya saben más que suficiente, como tan a menudo tengo que hacer en la Casa de la Vida. En primer lugar, déjame que le asegure que jamás mortal alguno sabe lo suficiente, y mucho menos más que lo suficiente. ¿Has visto la imagen de la diosa?

Negué con la cabeza.

—Entonces ven conmigo. Iremos a la antecámara.

Es un edificio inmenso, y las columnas que sujetan el dintel son más grandes que las casas de los pobres y tan altas como los árboles. Dentro parpadeaban las lámparas, puntos solitarios de luz amarilla en la oscuridad. Más allá, las anchas puertas del templo estaban medio cerradas. A través de la apertura eché un vistazo a la imagen de la diosa.

Esta también es enorme, más alta que cualquiera de las casas privadas que habíamos visto. Su vestido es rico, y brilla con muchas gemas. En cuanto a su forma, es la de una mujer con cabeza de vaca.

—Hathor fue la nodriza de Osiris —le explicó el sacerdote—. Les ponemos cabeza de animales a muchos de nuestros dioses para ilustrar su honor y autoridad. Vosotros los extranjeros os sorprendéis por ello con frecuencia, ya que deseáis que vuestros dioses sean como vosotros. Hathor no es como nosotros, sino que es una poderosa divinidad. Es Hathor la que alimenta a los muertos y gobierna el amor y la familia...

No oí nada más. Una mujer con cuernos más alta que cualquier hombre salió de detrás de la imagen de la diosa. Mientras caminaba hacia nosotros, parecía como si otra sujetara una lámpara detrás de ella, de manera que toda su silueta quedaba rodeada de luz, a pesar de que su sonriente rostro quedaba ensombrecido.

—Tú corres peligros, hombre extranjero —me dijo ella—. ¿Quieres mi ayuda? Puedes tenerla por un precio.

Quise arrodillarme, pero me di cuenta de que no podía hacerlo. Mi cuerpo estaba inmóvil en pie, junto a Muslak.

—Necesito mucho tu ayuda, gran diosa, pero no tengo nada que dar aparte de mi espada.

—Tendrás otros usos para eso. Eres fuerte y un guerrero, un hombre que tiene mucho amor que dar, y protección que ofrecer a aquellos que ama. ¿Darás estas cosas si te ayudo?

—De muy buen grado —dije yo.

—Eso está bien. Te voy a mandar mi gatita. Tendrás que quererla y cuidarla por mí. ¿Lo harás?

—Con mi vida, gran diosa. ¿Dónde está?

—Aquí. Irá hacia ti y se frotará contra ti. Cuando lo haga, la aceptarás como tuya.

La diosa desapareció como si nunca hubiera estado allí. El sacerdote decía:

—Hay siete Hathor a lo largo del río, y todas son Hathor. Cuando se encuentran decretan. Sea lo que sea aquello que decreten ocurre, sin importar lo que los dioses digan o lo que hagan los hombres.

Yo pregunté:

—Si decretaran que yo recordara como lo hacen los demás hombres, ¿ocurriría?

El sacerdote asintió, con cara más solemne que nunca.

—Sea lo que sea lo que decreten, ocurrirá, como ya he dicho.

—No tengo nada que ofrecer —dije yo; entonces me acordé de lo que me había dicho la propia diosa tan solo un momento antes, y añadí—: más allá de amor y protección.

—Tienes plegarias que ofrecer, joven. Eso puede ser suficiente. En cuanto al amor, es de ella. Así, aquellos que aman tienen su favor. Sin embargo, no todo aquello que parece amor es amor verdadero. ¿Lo entiendes?

Asentí.

—En cuanto a la protección, muchas familias la necesitan. Protégelos, protege a los niños en particular, y te ganarás su favor. Los caros regalos de los ricos están muy bien, pero las cosas que más desea la diosa son cosas que cualquiera puede dar.

Muslak preguntó:

—¿Rezarás por Lewqys, hombre sagrado?

—Lo haré.

—¿Y por mí y por nuestro barco?

—También haré eso, hombre carmesí.

Muslak se aclaró la garganta.

—Eso está bien. Ahora, me gustaría contratar una chica cantora para que venga a Mennufer conmigo. El sátrapa quiere mi ayuda.

—En tal caso —dijo el sacerdote con cuidado—, deberás dársela.

—Así es. —Muslak se aclaró la garganta de nuevo—. Entonces, tal y como yo lo entiendo, puedo pagar un montante y tener una chica para el viaje. ¿Es así cómo lo hacen aquí?

El sacerdote asintió.

—Para un viaje largo río arriba, si eliges y si la devuelves al final del viaje.

—Absolutamente. Después regresaré a mi propia ciudad, cuando haya ayudado al príncipe Achaemenes.

—No hay dificultad alguna. Debes tratar bien a tu chica cantora todos los días que ella esté en tu compañía, lo entiendes. Comparte tu comida y eso. Puedes azotarla, pero no más allá de lo razonable y no tanto como para poner en peligro su vida. Ella tiene derecho a dejarte si lo que le ofreces es menos de lo que te ofreces a ti mismo.

Muslak asintió.

—Cuando la devuelvas, no deberás nada, ya que debes pagar la cuota al completo por adelantado. Sin embargo, es costumbre que se le haga un regalo si te ha complacido.

—Lo haré —dijo Muslak—. Algo bonito. Tendré algo de dinero cuando haga lo que vuestro sátrapa quiere.

—No es nuestro sátrapa, hombre carmesí. —El sacerdote frunció el ceño.

Musak se encogió de hombros.

—Tampoco es el nuestro, tal y como lo dices. Pero tenemos que hacer lo que dice. Y vosotros también.

—¿Deseas oír a las chicas cantoras?

Muslak asintió.

—Antes debo ver el color de tu oro.

Muslak cogió unas cuantas monedas de su bolsa, las movió en su mano y se las mostró.

—Una de estas —dijo el sacerdote a la vez que señalaba.

—¿Un dárico? ¡Eso es demasiado!

—Estás acostumbrado a regatear —le dijo el sacerdote—, y regatearás mucho mejor que yo. Yo no regatearé en absoluto. Una de estas y yo debo tenerla en la mano.

—Tú mismo nos has dicho que hay otros seis Hathor más a lo largo del río —Muslak sonaba indignado.

El sacerdote sonrió.

—Vete a cualquiera. Tienes mi permiso.

Muslak se giró sobre sus talones y se alejó. Yo lo seguí a regañadientes mientras recordaba lo que la diosa me había dicho. Cuando casi habíamos llegado a la entrada de la antecámara, Muslak se detuvo y se dio la vuelta.

—¿Un dárico? ¿Ese es el precio?

El sacerdote no se había movido.

—A no ser que desees darle algo cuando la devuelvas. Eso es voluntario.

—Está bien —dijo Muslak—, veámoslas.

El sacerdote alargó la mano.

—Después de que las haya visto.

El sacerdote negó con la cabeza y siguió con la mano extendida.

—Supón que no me gusta ninguna de ellas.

—Se te devolverá el dinero —le dijo el sacerdote a Muslak. En aquello, como en todo, el sacerdote no parecía estar enfadado ni impaciente; sus ojos no mostraban ni disgusto ni miedo. Lo admiré por ello.

—Está bien —dijo Muslak por fin.

La moneda cambió de manos. Con una enorme sonrisa, el sacerdote nos dejó y se dirigió a un pequeño gong que había junto a una pared. Lo golpeó dos veces y regresó junto a nosotros.

—¿Qué hay de ti, Lewqys? —Muslak me sonrió—. ¿Quieres una chica cantora?

Negué con la cabeza.

Pronto oímos el murmullo de voces y las pisadas de pies desnudos sobre el pavimento de piedra. Cinco jóvenes mujeres se unieron a nosotros. Todas eran bonitas, con piernas bien torneadas y pechos erguidos. Todas llevaban pelucas negras, como todas las mujeres de aquellas tierras hacen, incluso las más pobres. Dos de ellas llevaban instrumentos.

El sacerdote le preguntó a Muslak si deseaba oír las cantar.

Muslak asintió y señaló.

—Cantarán todas —dijo el sacerdote—, entonces podrás elegir rápidamente a la que te parezca que tiene la voz más dulce—. Hizo una seña a las mujeres y cantaron de inmediato. Yo solo pude entender un par de palabras de su canción, pero sus voces añidadas eran alegres y felices. Las que llevaban instrumentos los tocaban con ahínco.

—Ella —dijo Muslak.

—¿La que tiene el laúd?

Muslak dudó.

—No, la que está a su lado.

El sacerdote hizo un gesto.

—Ven, Neht-nefret.

Se acercó sonriente y cogió a Muslak de la mano.

—Este comerciante va a Mennufer en su propio barco —le explicó el sacerdote—. Cuando haya terminado sus negocios allí regresará aquí. Serás su esposa hasta que regreséis.

Neht-nefret dijo con suavidad:

—Lo entiendo, sagrado. —Es una mujer muy alta, ciertamente, pero no más alta que algunas otras.

La mujer que llevaba el laúd, algo más baja, quizá dos veces la longitud de mi pulgar, también se acercó, me cogió del brazo y frotó su suave costado contra mí.

—Ese comerciante no desea ninguna esposa —dijo el sacerdote con severidad.

—Es un soldado, no un comerciante como yo —le explicó Muslak—. Es de Sidón—. Se volvió hacia mí—. Lewqys, dijiste que no querías una.

—Yo quiero un marido atractivo —declaró la joven mujer que llevaba el laúd—, y me gustaría visitar Mennufer, y todos los grandes lugares que hay a lo largo del río. —Fingió hablar con Muslak, pero me miraba por el rabillo de los ojos pintados con *khol*. Todos los perfumes de un jardín llenaron mis fosas nasales.

El sacerdote negó con la cabeza, con un poco de tristeza, o eso me pareció a mí.

—Debes regresar, Myt-ser'eu.

Estaba intentando entender el significado de su nombre cuando vi el broche de la banda de su pelo. Era la cabeza de un gato.

—Quiere ir porque voy yo —le dijo Neht-nefret a Muslak—. Somos amigas. Puedes tenernos a las dos, si quieres. A mi no me importa.

El sacerdote asintió.

—Podrás, por otra moneda como la primera.

—Pero no esta —dije yo—. Quiero esta para mí. Dale a este hombre sagrado otro dárico, Muslak.

Myt-ser'eu se rió.

Muslak lo hizo y me dijo que me debía mucho más que aquello.



### 3

#### A la sombra de la vela

Tenemos calor, pero no de manera desagradable. Myt-ser'eu me abanica con un abanico de hoja de palma. También la refresca a ella, o eso dice, y espanta a los insectos. Aquí escribo, como Muslak ha dicho que debo hacer. Dice que un curandero me dio el rollo de pergamino y la pastilla de tinta. Mi pluma es un junco seco. Lo mojo en el río y veo que me es difícil escribir tan pequeño como me gustaría.

Myt-ser'eu se ríe de las letras que hago y me ofrece enseñarme cómo escribe su gente. Neht-nefret dice que ella escribe mejor. Ella me enseñará, no Myt-ser'eu. No dejaré que ninguna de las dos coja mi pluma, aunque este pergamino sea muy largo. Escribiré por las dos caras. ¿Quién sabe donde podré encontrar otro?

Muslak ha vendido todas las pieles que había en nuestra bodega. Nos llevó casi toda la mañana. Tan pronto como se hubo cobrado el dinero nos pusimos en camino. Este río es el Pre.

Myt-ser'eu dice que hay tres grandes ríos que atraviesan aquellas tierras y muchos más pequeños. Me muestra tres dedos. El río Pre es el primero. Más al sur se unen los tres para formar el Gran Río. Después de eso solo hay uno. Neht-nefret y ella no le dan nombre. Es el río. Muslak lo llama el Gran Río, y dice que los helenos lo llaman Neilos o Aegyptos.

Los campos que hay a la izquierda son maravillosamente fértiles. No puedo creer que jamás pudiera haber visto tierras tan fértiles. Si lo hubiera hecho, no me sorprendería tanto. Todo es verde, oscuro y está lleno de vida. La cosecha este año será muy abundante. Todos estos campos son tan planos como la palma de mi mano. Aquí y allí hay alguna que otra pequeña colina. Tienen una o dos casas sobre ellas, o todo un pueblo cuando son más grandes. Supongo que porque son menos fértiles que los campos. La gente que cultiva las tierras no puede ser rica, pero todos parecen bien alimentados, contentos y ocupados. Cuando los saludamos con la mano nos sonríen y nos devuelven el saludo.

El río es azul mar o azul verdoso. Parece agua buena, pero Muslak dice que los que la beben caen enfermos. Todos beben agua de pozo, vino u otra cosa en aquellas tierras. Voy a preguntarle a las mujeres acerca de esto.

Dicen que no debemos beber del río en ninguna estación del año, y que cambia de color para indicar los cambios de las estaciones, ahora azul, ahora rojo, ahora verde. Podemos lavarnos en el agua del río, pero no mezclarla con vino para beberla. Será más azul en Mennufer, dice Neht-nefret. Ella ya ha estado allí, a pesar de que Myt-ser'eu no.

Myt-ser'eu deseaba saber qué era lo que yo escribía; se lo leí. Las casas y los pueblos están contruidos sobre las colinas para que no se aneguen cuando sube el río. A veces sube muy alto, y entonces las arrastra y hay que reconstruirlas. Neht-nefret dice que es mejor construir en tierra roja, pero allí no hay tierra roja

alguna. Yo dije que yo construiría una balsa y viviría en ella. Ella dijo que la madera era costosa.

He visto una balsa como las que construyen las gentes de aquí. Era de juncos. No se pudrirán pronto, o eso creo yo. Estar en este barco me hace pensar en remar. Creo que lo he hecho antes, mis manos conocen el recorrido del movimiento. Le pregunté a Muslak si remaríamos cuando parara el viento.

—No lo hará. El Gran Río es el mejor para navegar en todo el mundo, Lewqys. Un viento del norte te sube por él casi todo el año. Cuando quieres bajar, de regreso, puedes plegar la vela y dejar que la corriente haga todo el trabajo.

Eso es maravilloso, de verdad, si es que es cierto. Desde que hablamos he visto un barco grande de remos. El remo blanco subía y bajaba con cadencia cantarina y parecía volar. Era alegre, pintado, propiedad de un hombre rico que holgazaneaba en popa, y avanzaba muy deprisa, como un barco de guerra. ¿Quién podía oponerse? Tales cosas llenaban los estómagos de los pobres.

Nuestro barco no es como ese, aunque también está pintado. El nuestro es más ancho y tiene un mástil muy alto con una vela grande. Hay cuerdas que sujetan el mástil y otras que sujetan los extremos de la vela, que está hecha con muchas tiras cosidas. No hay telar lo suficientemente grande como para tejer una vela tan ancha. Cuando le hablé de este barco a Myt-ser'eu, ella me explicó que el sátrapa lo quiere, y a nosotros también.

—¿Es que tu gente no construye buenos barcos?

—Los mejores del mundo —dijo Myt-ser'eu orgullosa—. Nuestros barcos son los mejores y nuestros marineros también son los mejores.

Miré a Muslak de reojo y vi que estaba sonriendo. No está de acuerdo, y tengo la sensación de que debe tener razón. No se debe necesitar mucha destreza para navegar este río, si es como él dice.

—Y entonces, ¿por qué el sátrapa no utiliza vuestros barcos y vuestros marineros? —le pregunté a Myt-ser'eu.

—No confía en nosotros. El gran rey nos trató de manera terrible en tiempos de mi madre. Ahora él no está aquí y las cosas están mejor, pero teme que nos rebelemos contra él. Nuestros soldados son muy valientes.

Le pregunté a Muslak lo que él pensaba de ellos.

—Lo son —me dijo—. Muchos lucharon para el gran rey y son luchadores duros, mejores de lo que mi propia gente es. Nosotros somos marineros y comerciantes. Cuando necesitamos soldados, contratamos mercenarios.

Al mirar aquella tierra verde en la que la cebada se levantaba allí donde caía una semilla, veo que lo que Muslak dice debe ser cierto. Solo buenos luchadores podrían mantenerla. Si la gente de Kemet no fueran buenos soldados, se la habrían arrebatado.

Nuestro barco pasa por delante de templos blancos tan enormes como montañas, montañas blancas como la nieve bajo aquel sol cegador, y agudos y afilados como cualquier espada. ¿Quién habría pensado que manos humanas pudieran hacer una cosa como aquella?

Neht-nefret dice que antiguos reyes yacen allí. La gente de Kemet construyó muchos templos, dice Muslak, y muy grandes, de los cuales los templos-montaña son los más grandes. Si los dioses deseaban templos, ¿no los construirían? Construyeron montañas y plantaron bosques en su lugar, y eso es lo que yo haría si fuera un dios.

Está cayendo la tarde. Estoy en el tejado de nuestra posada, donde escribo a la luz de una lámpara. Myt-ser'eu está dormida, pero creo que la despertaré pronto. He leído este rollo de pergamino, y veo que debo escribir. Haré esto primero, a pesar de que tengo que acercar mucho el papiro a la luz para poder ver las letras.

Nos quedaremos allí a pasar la noche, a pesar de que la mayoría de los marineros dormirán en el barco. Muslak y Neht-nefret tienen una habitación en la planta inmediatamente inferior, pero mi esposa del río y yo dormimos en aquella cama del tejado. Estamos en una tienda de redes, cosa que me parece muy rara. Los mosquitos son terribles aquí, dice ella, y su gente duerme todo lo alto que puede para escapar de ellos. El viento que nos subió por el Gran Río aleja a los mosquitos, si vuelan muy alto.

Había música y baile esta noche, y Neht-nefret y Myt-ser'eu querían unirse. Muslak accedió a pagar, y los cuatro pasamos un buen rato. Todos aquellos que no estaban bailando o tocando la flauta daban palmas o cantaban. Yo no conocía las canciones, pero daba palmas con los demás, y pronto me aprendí los estribillos. Las jóvenes bailaron y bailaron, y fue muy bonito. Myt-ser'eu era la más bonita y Neht-nefret era la que llevaba más joyas. Todos los ojos estaban fijos en ellas, y ellas disfrutaron enormemente como todos pudieron ver. Tres hombres tocaban flautas dobles y dos golpeaban tambores. Las jóvenes se balanceaban, caminaban hacia aquí y hacia allá, agitaban sonajas y cascabeles, chasqueaban los dedos y levantaban las piernas por encima de sus cabezas mientras nosotros cantábamos y animábamos.

No bebimos vino, sino «cerveza». Es un vino hecho de cebada. No puedo imaginar cómo se puede exprimir zumo de la cebada, pero eso es lo que Myt-ser'eu dice y Muslak confirma. Sobre ella flotan algunas pajas, y hay algunas manchas de levadura. Está templada, con cardamomo y es demasiado pesada y dulce para mi gusto, pero me bebí dos tazones porque todos bebían. Al sorber la cerveza con unos tubos finos de arcilla las pajas se quedan al fondo del tazón cuando este está vacío. Cuando la noche hubo terminado, jugamos a un juego en el que rompíamos nuestros tubos de arcilla. El que tenga la pieza más larga gana.

Por fin se cansaron las mujeres y bailaron los chicos jóvenes. Era un baile muy fácil, así que me uní. Yo no era el mejor bailarín

y los demás se reían de mis errores, risas sin malicia alguna que hasta un niño podría soportar. La próxima vez bailaré mejor. Los que tocaban la flauta y el tambor no se unieron a nuestro baile. Todas las mujeres cantaban. La mayoría daba palmas y Myt-ser'eu tocaba su laúd. Cuando todos se hubieron cansado bebimos más cerveza y nos bañamos en el río. Ella lleva un amuleto que la protege de los cocodrilos.

En lo que leo hoy me pregunto acerca de las velas que vi sobre los tejados. Esta posada tiene esas velas, y Myt-ser'eu me lo explica. Hay agujeros en el tejado de abajo para ambas. Una está abierta hacia el lado que da al norte y coge el viento del norte, y lo dirige hacia la posada. La otra deja que el viento vuelva a salir. La primera es como la boquilla de una flauta, y la otra como los agujeros sobre los que pone sus dedos el que la toca. Nuestra posada está en la flauta. Cuando el viento sopla bien, y lo hace esta noche, las habitaciones de dentro están frescas y hay pocos mosquitos porque las puertas y ventanas están cerradas. Myt-ser'eu dice que su gente es la más sabia del mundo. Yo eso no lo sé, pero estoy seguro de que son muy listos.

Yo era un soldado en una ciudad llamada Sidón. Eso está claro por lo que leo. Deseo ir allí y hablar con aquellos que puedan recordar. Muslak dice que cuando dejemos Kemet iremos a su propia ciudad, Biblos, y que eso está cerca de Sidón. Será fácil, dice, que llegue hasta Sidón desde allí.

Ahora apagaré la lámpara y despertaré a mi mujer del río. Hay otros que también duermen en el tejado. No creo que nos puedan ver tan siquiera. Cuando se apague la lámpara, seguro que no podrán vernos a través de las redes, que son redes finas para peces pequeños. A su través, un hombre puede ver a plena luz del día, pero los otros que duermen no podrán verlo, no podrían ni aunque estuvieran despiertos. Debo acordarme de guardar silencio, y de acallar a Myt-ser'eu, que gime y tiembla.